



Se estrellaba el duro sol castellano sobre las duras aristas de las praderas atencinas, cuando me arriesgué, en una tarde de noviembre, soleada, claro está, a salir a buscar setas. Ese preciado y querido tesoro de nuestra seta de cardo. Ese exquisito manjar que a la simple patata cocinera es capaz de elevarla a la categoría de estrella universal.

Silbaba. Silbaba esas canciones que se aprenden de chaval y, de vez en cuando, cuando llega la ocasión y sin saber el motivo, te vienen a la cabeza y comienzas a silbar, sin saber cómo ni porqué, el ritmo de una canción pegadiza, que te machaca una y otra vez hasta que, lo mismo que se vino, se

te va.

Pensaba en setas. Y se me venía a la cabeza los tiempos de la lumbre baja en la casa de la abuela, con su mona y todo. Cocina en la que más de cuatro veces, después de venir de buscar setas y tras elegir las más grandes, vi a mi abuelo ponerlas a la lumbre, a asarse al fuego de la estepa, chorrito de aceite y pelín de ajo, antes de comerlas sobre un cantero de pan, también tostado a ese fuego bajo.

Iba feliz, recordando infancias. Conocedor, no lo niego, de que los tiempos están duros para nuestra seta de cardo. La estrella hollybuyense (o como se diga), de nuestras praderas otoñales. Pero consciente también de que si no se intenta no se cruza la charca.

Es decir. Que sabía que podría regresar a casa con un cabreo de esos antológicos por no encontrar lo que buscaba. Pero que era totalmente consciente de ello.

Por los caminos del monte. Por aquellos en los que recordaba que alguna que otra vez, años hace, recogía yo setas. No a manos llenas, pero si las suficientes como para matar el gusanillo. Claro que antes que yo ya habían pasado los pastores y habían dejado el rastro de su paso. ¡Anda que no se adivinaba a través de los tronquitos que como muñones sobresalían entre las hierbas! Todo se perdonaba, porque siempre quedaba alguna que recoger. Y es que, cosas de entonces, y no hace tanto. Como se pensaba regresar al día siguiente, o al otro, únicamente se cogían las grandes, las pequeñas se dejaban crecer, para el día después, o para el que llegase detrás.

Ya lo decía. El verano fue poco pródigo en tormentas, el otoño rácano en aguas y sobrado de soles. Pero...

Por mucho que me pateé todas aquellas praderas que fueron en tiempos un buen criadero de setitas, ni una encontré. Y conforme iba pasando el tiempo y daba vueltas y vueltas sin llevarme a la cesta el anhelado tesoro, se me subía la mala uva, dejaba de silbar y se me aceleraban los pasos, en busca de lugares más húmedos, en la esperanza de que ese duro sol castellano que se me estaba estrellando contra las praderas, me permitiese, en las umbrías, encontrar el fruto de mis sueños. Nada.

Volví sobre mis pasos. En busca de praderas que fuesen igual de productivas, pero a las que el sol duro de Castilla no les pegase tanto.

De punta a punta. Claro, en coche. Tomé el camino de la sierra y sin dejar la vista del castillo de esta Atienza tan nuestra y propia, me lancé a esas praderillas que entre los altozanos, collados, oteros y barrancas, se tienden en el camino de Tordelloso. De